

El tren demencial

Me llamo Leonardo Simon y tengo 32 años. Me considero una buena persona. Siempre fui muy sociable y estudioso. Durante muchos años trabajé como profesor de matemáticas y ciencias exactas en varias universidades. Pero cometí una atrocidad. Sin embargo, no me arrepiento de ello. Por lo tanto, merezco el peor de los castigos. Amé durante doce años a mi hermosa novia, hasta que se produjo su trágico final. Se llamaba Laura, e íbamos a casarnos dentro de unos meses. Quizá no se justifica lo que le hice a ella. Y tal vez no tenga perdón de Dios. Y, aunque cueste creerla, esta historia es verdadera.

El lunes 19 de junio de 2005, a las tres y veinte de la tarde, entré cautelosamente a nuestro departamento del barrio de Floresta, ya que quería darle una grata sorpresa a mi pareja. Había comprado un anillo de compromiso bastante caro en la calle Lavalle y hacía mucho tiempo que esperaba ese momento. Ella esperaba que yo llegara tarde ese día. Al entrar me pareció oír un grito. Me precipite, corrí, y me detuve en la puerta de nuestra habitación. Pero al escuchar con atención me di cuenta de que Laura no estaba sola. Y que aquello que había oído no eran gritos, sino gemidos. La puerta estaba entreabierta. Los amantes no se habían dado cuenta de mi llegada. Asomé un ojo, y me di cuenta de que Miguel, mi mejor amigo de toda la vida, le estaba haciendo el amor desenfrenadamente a mi novia. En ese momento muchas imágenes pasaron por mi cabeza. Quise entrar y matarlos a goles, pero me contuve. Apreté fuerte el puño, se me pianto una lágrima. No lo podía creer. Fui a la cocina. Agarre un cuchillo, luego lo deje en la mesada. Lo pensé dos, tres y hasta cien veces. Tenía que salir de ahí, necesitaba un poco de aire. Me fui al café de Rivadavia y Candelaria. Tenía que pensar bien la situación. Estuve ahí hasta las cuatro y media, fumando como loco y tomando whisky. Tenía dos opciones: o me separaba de ella y empezaba una nueva vida o la mataba en un acto de locura despiadada. Nunca fui un ser violento, pero era tanta la bronca que tenía en ese momento que me olvide de todo. De mis seres queridos, de los valores de la vida, de Dios, de todo. Solo quería asesinarla. Y esa sería mi decisión final. Recordé que en mi billetera había unos doscientos dólares que no había cambiado aun. Fui a una armería de la zona y me compre una 9mm con silenciador. Al principio el vendedor se puso difícil, hasta que le mostré los verdes billetes. Le dije si la podía cargar, porque tenía que ir al polígono a practicar. La cargó y me explicó como colocarle el supresor. La guarde en el bolsillo de mi campera y volví al departamento. Apoyé la oreja en la puerta de entrada. Ya no había gritos. Al entrar solo escuche el sonido de la ducha. Seguramente se estaban bañando, luego de una tarde muy agitada. Esperé sentado en el sillón. Enseguida, Laura salió del baño secándose el pelo y me recibió con una nerviosa sonrisa de oreja a oreja. Me paré sobresaltado y simule que le daba un abrazo. Pero le di un puñetazo y la tire con furia al piso. No llegó a decir una sola palabra. Su cara petrificada de horror presagió su final. Luego, agarre una almohada, se la puse en la cabeza y le disparé tres veces. Nadie escuchó nada en todo el edificio. La maté con mucho odio, y sentí un alivio muy grande dentro de mí. Aunque al darme cuenta de lo que había hecho, no supe que hacer. Entré en pánico. Lloré desconsoladamente al lado de su cadáver. Y en ese mismo momento, tocaron el timbre. Me desesperé y corrí como un loco por toda la casa. ¿Alguien había escuchado? Enfunde mi arma y me dirigí hacia la puerta. El timbre volvió a sonar. Al observar por la mirilla, me di cuenta de que era Miguel. Cuando abrí la puerta y me vio, se arrepintió en ese instante de haber vuelto a la “escena del crimen”. Lo hice pasar simulando amabilidad, y mi gran amigo se dio cuenta de que algo andaba mal. Nunca tuve tanta furia como en ese momento. Me le tiré encima y empecé a pegarle trompadas en la cara, en el pecho, hasta le di un culatazo con la pistola. Casi no opuso resistencia. “Pará Leo, yo te puedo

explicar” fueron las únicas palabras que salieron de su boca. Lo medí sin tapujos y le vacié el cargador. No se por que, pero me sentí aliviado. No me dio pena ni arrepentimiento. Solo me entristeció lo de Laura, pero el daño ya estaba hecho. Primero pensé en entregarme, pero no. No era lo justo. Luego de unos largos minutos, decidí escaparme de la ciudad. Me iría a Moreno, a la casa de mi tía Rosa. No le diría nada y trataría de olvidarlo todo. Si, quizá me atraparían, pero lo preferí así. La llame y le di la noticia. Se puso muy contenta, ya que ella vivía sola y muy poca gente la iba a visitar. No quise viajar en auto por temor a que la policía me detuviera. Así que no tuve mejor idea que la de ir en tren.

Esa misma tarde, a eso de las cinco y media, fui para la estación. Decidí llevar el arma encima por precaución, aunque bien guardada en mi campera. Como siempre, el Sarmiento venia cargado desde Once. Me subí. Caminé un poco y me agarré de un pasamano. A mi lado, estaban sentados un chico y un viejo. Ya estaba mas tranquilo. Pasaron Villa Luro y Liniers, la hermosa cancha de Vélez. El muchacho se bajó, luego me senté. Estaba cansado y muy perseguido. En el asiento de enfrente había una señora y un señor de traje. Los miré, y se me cerraron los ojos del cansancio que tenía. Pero en ese mismo momento se escuchó una fuerte explosión y un ruido estremecedor. A continuación, tuve un extraño sueño. Se abrían unas puertas negras, gigantes, pero yo seguía en el tren. Al costado pude ver un perro, o una especie de lobo gigantesco, y tenía una gran lanza en una de sus garras. Luego desperté. “Una fantástica pesadilla”, pensé. Ya no estaba el anciano de al lado, ni la mujer, ni el señor. ¿Ya había llegado a Moreno, o me había pasado? Eché un vistazo. El tren estaba desierto. No había nadie, ni un alma. De repente, se acercó un viejito, decrepito, que apenas podía caminar, y se sentó en el asiento de enfrente. Era muy alto y tenía la piel arrugadísima. –Señor, ¿Sabe si falta mucho para llegar a Moreno?-, pregunté desorientado. No me contestó. Me miraba pero parecía no parpadear. Estaba pálido, parecía muerto. –Señor, le hice una pregunta-, dije subiendo la voz. –No falta mucho para empezar, señor Simon.- respondió el viejo con una voz ronca. Lo miré sorprendido. –Pero, ¿Cómo sabe mi...? – Mire por la ventana y se dará cuenta usted mismo- interrumpió. Miré por la ventana. Para sorpresa mía, seguía siendo de día y un naranja oscuro teñía el cielo de Buenos Aires. Había mucho campo, pero no conocía esa ciudad. Quizá si faltaba poco para Moreno. – ¿Sabe donde estamos?- le pregunté. –Aquí el viento es calido y hay placer y hay dolor. Yo soy su guía aquí-, respondió con una sonrisa macabra. En ese momento no entendía nada, todavía retumbaba en mi cabeza el resplandor de ese ruido que había escuchado, y ese señor no me caía para nada bien. Su aspecto era el de un borracho o un loco. – ¿Usted me escucha cuando le hablo? ¿Quien es usted?, ¿Donde estoy?- grité con furia – ¿Y como sabe mi apellido?- No contestó. Solo señaló la ventana. Una ciudad vieja, en ruinas se dejaba ver ahora. Un humo negro, como un smog, cubría todas las calles. El tren se detuvo. Pude ver algunos edificios antiguos, de más de 20 pisos. Y allá a lo lejos me pareció ver a una persona en una terraza. Me acerque un poco más al vidrio. Si, era un hombre. Y para sorpresa mía, ¡se estaba arrojando al vacío! Y en otra vivienda de al lado, también se arrojaba una mujer. – ¡No! Mire esa gente, ¡se están suicidando!... ¿Que es esta locura?- grite sin recibir respuesta alguna. Todos se tiraban en masa. Y en los demás edificios también. No muy lejos de allí se oyó un disparo, y luego otro. – ¿Que, que es esto? ¿Que es esta ciudad?, ¡por Dios!- le grité en la cara. Me miró muy seriamente. –Esta es la ciudad de los condenados. Como dije antes, soy su guía aquí. Y deberá acompañarme en cada parada que realice este tren a lo largo de su viaje. Hasta llegar a su destino. –¡¡¡No, noooo!!! Me voy a bajar, viejo, vos estas demente, ¿De donde saliste?, ¿Qué te pensas, que te voy a acompañar a esta ciudad de locos de mierda? ¿No serás cana vos no?, ¡vigilante!- terminé de decir estas palabras y

revisé el bolsillo interno de mi campera para buscar mi arma. Pero increíblemente no se encontraba ahí. – ¿Busca esto?-. Me mostró la 9mm. –Pero por favor, ¿por quien me está tomando? Las armas déjelas para ellos, no nos harán falta a nosotros-. Terminó de decir esto y arrojó mi pistola por la ventana. En ese momento, un nuevo sentimiento de furia se apoderó de mí. Intenté abalanzarme para romperle la cara a golpes. Pero no me pude levantar del asiento. Fue como si el viejo me ordenara que me quedara allí, con su mente perversa e indudable soberbia. Sin dudas se creía un sabelotodo, un maldito dios. Sentí una impotencia desgarradora. –Va a acompañarme, le guste o no. Ese es su destino aquí, señor Simon. Hemos llegado a nuestra primera parada. Acompáñeme, seguramente le va a gustar echar un vistazo aquí abajo- dijo el viejo, ordenándome a bajar. El tren se detuvo otra vez. Me sequé el sudor de la frente. – Pero, ¿Por qué lo tengo que acompañar? ¿A dónde me va a llevar? Aunque sea dígame quien carajos es usted. –Ya le dije, señor Simon, soy su guía aquí y me va a tener que acompañar-dijo el viejo subiendo su tono de voz muy bruscamente. –Ah, si, ahora entiendo, ¿Es esto un sueño? ¿Una pesadilla, no?, eso es lo que es, dígamelo, porque otra cosa no puede ser-dije sin saber que en realidad no estaba tan equivocado. –Si, señor Simon, adivinó. Esta es su peor pesadilla, y quizá no salga nunca de aquí.- dijo el anciano y a su vez sus ojos brillaron con un tinte diabólico. –Ahora, acompáñeme-. No se porque pero fue como si una fuerza sobrenatural me obligara a seguirlo. No me pude negar. Escolté al viejo por el pasillo del vagón, y bajamos rápidamente. La estación era una mugre. Parecía Buenos Aires en los años 30. Como si hubiéramos vuelto casi cien años en el tiempo. Se caía a pedazos. Eche un vistazo al resto de los vagones del tren. Estaba totalmente vacío. Todo maltrecho y desolado. Si, realmente era una pesadilla. Pero se sentía tan real como la vida misma. O peor aún. Me daba escalofríos pensar que iríamos a la ciudad enferma que había visto por la ventanilla. –Venga, sígame, por aquí cerca hay un bar muy conocido, y el cantinero es amigo mío-. No dije nada. Pasamos por las boleterías y no había nadie, todo parecía abandonado y en ruinas. Las calles eran aún peores. La que transitábamos ahora estaba llena de basura. Olía a muerte, putrefacción, abandono. Escuché un disparo. Luego oí otro a lo lejos. Vi autos prendidos fuego. En una de las casas semi-destruidas había una una mujer, con el rostro arrugadísimo. Al verme se persignó. Se acercó y me dijo. –Andate, andate de acá en cuanto puedas, hay dolor y placer eternos, si, si ya te vas a acostumbrar-. Luego lanzó una carcajada que me puso la piel de gallina. La vieja salió de la casa. Y al verla bien de cerca noté que estaba atravesada por dos líneas en su cintura y en su pecho. Y se dirigía hacia las vías. Todo era una maldita locura, no tenía sentido. –¿Quién era esa señora?- pregunte al anciano, que cada vez caminaba más rápido. –Ah, no les dé importancia, va a ver a muchos como ellos aquí, siempre van a querer molestarle. Y por sus heridas no se preocupe, ella estará bien- contestó el viejo como menospreciando todo el asunto. Hacia un calor espantoso. Llegamos a la esquina y allí estaba el bar. Era muy antiguo, con puertas de madera resquebrajada y de estilo colonial. Entramos y estaba casi a oscuras. Una sola lamparita iluminaba todo. No había nadie, a no ser por unos viejos -también decrepitos- que jugaban a las cartas en una mesa del fondo. Ni se inmutaron al vernos. Nos sentamos en una mesita. El cantinero apareció de repente. Parecía ser la única persona normal de allí. Tenía cabello enrulado, la cara pálida y unos cincuenta años. Se acercó y saludó al viejo. –Mirá, Carlos, el es nuevo aquí y quiero que traigas el mejor vino para agasajar a nuestro invitado- dijo mientras se fumaba un puro. –Como no, don Luciano, enseguida les traigo, mi señor. Lo mire desorientado ¿Quién era en realidad ese viejo trastornado? Yo entendía cada vez menos y aproveche para sacarle algunos datos más. –Con que Don Luciano, ¿Eh? ¿Ese es su verdadero nombre? ¿Y usted es el jefe de esta sarta de locos de mierda? Pero por favor, esto es una locura- dije enfurecido. –Si, si, así me

llaman algunos por aquí. Y yo no soy su jefe, este es el destino de ellos, al igual que el suyo. Pero debe digerirlo con tiempo, ya entenderá todo. Ahora disfrute el vino, beba todo lo que quiera, porque lo que viene es mejor aún, ya lo verá- dijo como disfrutando la situación, con esa sonrisa perversa tan desagradable. El vino era horrible, no se como hice para tomarlo, debe ser porque estaba tan inexplicablemente fresco. El viejo apenas tomó un poco y observaba con unos ojos de plomo como me liquidaba la bebida. – Vamos, que aún nos queda mucho por recorrer- dijo sin titubeos. Saludó al cantinero y en ese momento me di cuenta de que el hombre tenía dos curitas en el medio de la frente, y le chorreaba una gota de sangre que, al darse cuenta de que lo había visto, se seco con las mangas de su camisa. Y sus mangas estaban muy ensangrentadas. Volvimos a las destruidas calles del olvido. Cada vez hacia más calor, por suerte el vino me había quitado la sed. –Siempre tiene peleas en ese bar, se lastima muy seguido. Y tiene muchas deudas. Pero es un buen hombre.- dijo el viejo justificando las heridas del mozo. –Ahora iremos a la plaza principal, estoy seguro que le encantará, señor Simon.

CONTINUARÁ...